

## UN ORDENADOR EN CADA AULA

Por Andrés Ibáñez,  
escritor, crítico literario de ABC

**Frente a los que piensan que “lograr” que haya un ordenador en cada aula del país es una especie de conquista de la civilización similar al calendario de vacunación o la alfabetización universal, opino que la presencia de los ordenadores en los colegios e institutos debería retrasarse lo más posible. ¿Por qué?**

**P**RIMERO. Porque los niños no necesitan “aprender” a usar un ordenador. Los niños ya saben usar un ordenador, incluso los que no lo han usado nunca. En realidad, lo único que resulta verdaderamente difícil para usar un ordenador a nivel de usuario es escribir a máquina. Por lo demás, para saber usar un ordenador basta con tener dedos en las manos.

Segundo. Porque los ordenadores no son “instrumentos de aprendizaje”. El verdadero aprendizaje es el que se hace de forma oral y proviene de un maestro en una disciplina, sea la historia, el latín, la fisiología o las leyes, y los principales instrumentos de ayuda para este aprendizaje son los libros y siempre serán los libros.

Internet, (que es, metonímicamente, de lo que estamos hablando realmente al referirnos a los ordenadores) es, desde el punto de vista académico, una herramienta que nos proporciona inmensas cantidades de información instantánea. Pero esa información sólo es útil para aquellos que han alcanzado una madurez intelectual y poseen una formación previa. En ningún caso puede sustituir a las verdaderas fuentes de información que, insistimos, son los libros y las publicaciones periódicas prestigiosas.

Todos sabemos que uno puede fingir que es un experto en cualquier tema con sólo una hora de *googlizar*. Pero fingir un conocimiento no es lo mismo que poseerlo.

Tercero. Los ordenadores presentan el conocimiento de forma fragmentaria y arbitraria, bajo la apariencia de trozos iluminados, frecuentemente acompañados de brillantes imágenes, por los que es posible transitar en cualquier dirección. Esta supuesta libertad de Internet es una mera apariencia, pero se presta a todo tipo de discursos estupendos donde se defiende la posibilidad de que cada uno cree su propio

itinerario “personalizado” o se cantan las alabanzas del pensamiento “no lineal”.

Pero todo esto no es más que basura. El conocimiento ha de ser “lineal” en el sentido de que para aprender cualquier cosa es necesario seguir un cierto orden y pasar por unas ciertas etapas, del mismo modo que leer una novela quiere decir leerla desde la primera página hasta la última y tal lectura no puede sustituirse por el chapoteo desordenado por una serie de pasajes “destacados” o “significativos”. Nuestra vida es lineal porque sucede en el tiempo. La historia es lineal porque lo que pasó después depende de lo que pasó antes. Es cierto que la vida de la imaginación, la del inconsciente, la de los sueños, no es lineal, pero a los defensores del arte de ratonear no les interesa la imaginación, ni el inconsciente, ni los sueños, y no están hablando de eso.

Muchas veces sucede que cuando creemos estar más allá de algo estamos, en realidad, más acá. En los años sesenta creíamos que una pastilla era algo más moderno que una manzana y que en el año 2008 ya no comeríamos manzanas sino pastillas. Ahora vemos que si hay algo más moderno que una simple manzana, no es precisamente una pastilla, sino una manzana de cultivo ecológico. Es decir, que lo más moderno resulta ser una manzana más *antigua*.

En las universidades americanas ya no se piden trabajos sobre temas, que pueden fabricarse fácilmente picoteando aquí y allá en Internet, sino trabajos dedicados a un solo libro. De este modo, el profesor se asegura de que los alumnos lean, al menos, un libro. Uno solo, pero leído de verdad.

Sucede, pues, con el conocimiento como con los cultivos, y con los libros como con las manzanas.